

II DOMINGO DE CUARESMA

(Gén 22, 1-2. 9a. 15-18; Sal 115; Rom 8, 31b-34; Mc 9, 1-9)

LOS PATRIARCAS DE LA FE

La vida diaria se puede iluminar con la luz de la Palabra, y es posible que cada vez descubramos aspectos muy diferentes de los que hemos captado en otros momentos.

La lectura que otras veces me había sugerido la llamada que sintió Abraham -“En aquel tiempo Dios puso a prueba a Abrahán llamándole: - ¡Abrahán! El respondió: -Aquí me tienes. Dios le dijo: -Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Moría y ofrécelo allí en sacrificio, sobre uno de los montes que yo te indicaré” (Gén 22, 1-2)-, que yo interpretaba como invitación al despojo de lo más amado, esta vez me inspira una moción distinta.



Textos cuya interpretación parece agotada o su sentido demasiado acostumbrado, se convierten en manantial de vida, en referente constante. Con ello se demuestra que la Palabra es viva y eficaz.

Este segundo domingo de Cuaresma se ofrece el relato de la Transfiguración del Señor, con claro sentido pascual. Señala la dirección del camino del seguimiento, cruz y luz. “En aquel tiempo Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Se les aparecieron Elías y Moisés conversando con Jesús” (Mc 9,4).

Se puede observar que en las lecturas se cita explícitamente a **Abraham, Isaac, Moisés y Elías**, patriarcas y testigos de la historia de Dios con su pueblo. Esta observación me lleva a valorar a quienes se han convertido en los testigos de la fe, ancianos fieles que, a pesar de los cambios culturales, son ejemplo de fidelidad, como reza el salmo: “Cumpliré al Señor mis votos, en presencia de todo el pueblo” (Sal 115).

Si entre nosotros tenemos ejemplos venerables de hombres y mujeres que nos acreditan con su fidelidad la razón de la fe, san Pablo apela a la fidelidad de Dios. “El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con Él? (Rom 8,32).

SANTA TERESA DE JESÚS

Por estas concurrencias, deseo reconocer a quienes nos preceden y son referentes que acreditan como verdaderos patriarcas y matriarcas la verdad de Dios y su amor a Jesucristo, muerto y resucitado, como lo hace Santa Teresa con los suyos. “**Era mi padre hombre de mucha caridad** con los pobres y piedad con los enfermos. **Mi madre también tenía muchas virtudes** y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad” (*Vida* 1, 1.2).

Siempre objetiva la experiencia contrastar con lo que han vivido los santos. “De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos, en especial la gloriosa **Magdalena**, y aquella hambre que tuvo nuestro padre **Elías** de la honra de su Dios y tuvo **Santo Domingo** y **San Francisco** de allegar almas para que fuese alabado” (*Moradas* VII, 4, 11). “... otros santos que se van a los desiertos por poder pregonar lo que **San Francisco** estas alabanzas de su Dios. Yo conocí uno llamado **fray Pedro de Alcántara**. ¡Oh, qué buena locura, hermanas, si nos la diese Dios a todas!” (*Moradas* VI, 6, 11).